

PRÓLOGO DEL AUTOR

El presente trabajo sobre el temido, sumamente calumniado y casi universalmente incomprendido patriota mexicano, se llevó a cabo gracias a la sugerencia de la Dra. Nettie Lee Benson, quien como directora de la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas, encontró numerosos documentos que la llevaron a sostener que don Juan Álvarez no ha recibido, por parte tanto de los historiadores mexicanos como norteamericanos, el trato justo que su vida y su obra merece.* Un buen número de las cartas que ostentan su distinguida firma y que se encuentran en los archivos de Mariano Riva Palacio, Ignacio Comonfort y Valentín Gómez Farías, para mencionar las fuentes más ricas, sin menospreciar el hecho de que los documentos Manning y Mackintosh; los documentos sobre la Guerra de Intervención y otras colecciones, dan testimonio del interés de Juan Álvarez por los asuntos del poder público, de su juicio imparcial sobre las figuras de su tiempo y de su impermeabilidad a pasiones engañosas.

La investigación reveló muy pronto que nadie había realizado un estudio detallado sobre el personaje. Es cierto que existían tres o cuatro apuntes breves sobre su vida en diccionarios biográficos; una breve relación sobre su gestión como presidente de México en *Los gobernantes de México* de Manuel Rivera Cambas y pequeños panegíricos escritos por sus más cercanos amigos liberales, sin embargo, ninguna apreciación crítica de su vida y servicios prestados al país.

* Nota del traductor: la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas en Austin, lleva ahora el nombre de la Dra. Nettie Lee Benson.

Las razones del desdén a una figura tan interesante y comúnmente aceptada por parte de los historiadores es doble: Álvarez suscitó la animadversión de la Iglesia por su adhesión a los principios liberales sobre los que jamás renegó, coronando sus ofensas al nombrar a Benito Juárez como ministro de Justicia en 1855; y así abrió el camino para que el partido liberal introdujera las leyes de reforma que propiciaron la más sangrienta guerra civil de la historia de México. Este periodo contempló cierto relajamiento de las restricciones al protestantismo y Álvarez, por jugar un prominente papel en los asuntos del momento, fue marcado como renegado y apóstata, a pesar de que permaneció, durante toda su vida, como un fiel miembro de la Iglesia.

Su lealtad a las instituciones –independientemente de las personas– mientras la administración fuera benéfica a México como un todo y a su amado sur en particular, confundió y puso en antagonismo a sus propios correligionarios, quienes pensaron que iba demasiado lejos. Los historiadores liberales han escrito sobre figuras más fáciles de entender, aun cuando las obras de éstos, en darle forma al destino de la nación mexicana, se queden cortas frente a la de don Juan Álvarez.

El estudio del “Indio Analfabeta del Sur de México”, conforme al título que se le ha dado en muchos textos en inglés de historia de Latinoamérica, ha resultado gratificante. La circunstancia de que no era un analfabeta lo confirma el hecho de que algunas de sus cartas están escritas con su propia letra, y muchas otras están anotadas por él mismo. Lejos de ser el monstruo que sus calumniadores han pintado, en realidad era un individuo de gran corazón, que amaba a su familia y a su esposa con toda la devoción de su ardiente espíritu. Tenía animadversión al derramamiento de sangre, y el trato siempre humano que brindó a sus prisioneros lo han confirmado públicamente sus opositores. La comparación con otros caudillos de su época no deja atrás a don Juan Álvarez. Su figura se alza sobre los demás, así como Orizaba ensombrece a los picos que lo rodean. Su perspicacia era proverbial, su termómetro político bien agudo y nadie jamás lo “agarró durmiendo”. Para que ésta no resulte una afirmación exagerada, subsiste el hecho de que entre los caudillos más

sobresalientes de su tiempo, el es de los muy pocos que tuvieron el privilegio de morir en forma natural en su propia casa.

En tanto que este trabajo es fundamentalmente un intento por trazar su carrera política y militar a través de una larga y variada existencia que se inicia con la guerra por la independencia y que concluye cuando los odiados invasores franceses fueron arrojados del país en 1867, ha sido imposible dejar de considerar el hecho de que Juan Álvarez fue algo más que un autómatas político y militar. Fue un temperamento amoldado por una profunda convicción espiritual, tan profunda que reunía a sus familiares más cercanos para las devociones diarias durante todos los años en que su palabra era la ley en La Providencia y en todos los confines de Guerrero. Muchas veces se vio ante la necesidad de oponerse a aquellos que favorecían causas con las que él estaba de acuerdo pero que suponían deslealtad a la administración que había ofrecido sostener. Estos atributos que hicieron a don Juan Álvarez ser quien fue, han sido trazados lo más claramente posible. El autor de este estudio está convencido que el pueblo de México debe conocer primero a Juan Álvarez el hombre.

Su participación como combatiente al lado de su amigo, el héroe Vicente Guerrero en contra de los españoles, ha sido estudiada con cierta extensión, pues fue durante esos primeros días en que formuló el inflexible compromiso de sostener el liberalismo, lo que lo sentenció al olvido, por rehusarse a jugar al lisonjero con Agustín de Iturbide y con su corte se ganó el odio de los políticos y militares profesionales, que conducirían al país desde esos días hasta el final de su vida. Su participación en la incesante lucha entre federalistas y centralistas ha sido apuntada con detalle, toda vez que estuvo involucrado en casi todas las revoluciones de consecuencias que se llevaron a cabo en México desde la consumación de la Independencia en 1821, hasta su muerte en 1867. Listo siempre a defender una causa justa y a tomar su terrible machete, no era un hombre de corazón guerrero. Lo que más alegría le proporcionaba era cultivar su tierra tan querida y vivir en paz con sus vecinos. Encontró tiempo, no obstante, para ayudar al menesteroso y para proporcionar educación a algún joven

apto y ayudarle a realizar sus sueños. Fue Álvarez quien descubrió al joven indio, Ignacio M. Altamirano al que envió a la escuela a Toluca –Altamirano, maestro de maestros como Justo Sierra–, una de las plumas más luminosas de la literatura mexicana.

Juan Álvarez, como líder de la revolución triunfante que derrocó a Santa Anna, heredó la presidencia. La posición no la buscó ni la deseaba. Su experiencia en la lucha por armonizar elementos discordantes cuando gobernó el naciente Estado de Guerrero lo convenció de que la administración no era su fuerte. Gustoso renunció a la presidencia y como no lo había hecho otro presidente antes, regresó voluntariamente a su estado natal para que su presencia en la capital no fuera un factor negativo al bienestar de la nación.

Durante la guerra de Reforma y después durante el periodo de la intervención, Juan Álvarez mantuvo encendidas las antorchas del liberalismo en las montañas inexpugnables de Guerrero en donde su benevolente dictadura previno que parte de México cayera del lado francés y de sus aliados mexicanos. No era un hombre orgulloso. El rango de general de división no lo ensoberbeció, y la presidencia de su país no le ocasionó motivo de exaltación. Uno de sus descendientes habla con la verdad cuando declara que don Juan Álvarez no se encontraba mejor que cuando defendía los derechos pisoteados de los indios del sur.

El autor desea expresar su gratitud al doctor Carlos E. Castañeda, profesor de historia de Latinoamérica en la Universidad de Texas por su valiosa guía, paciencia y comprensión durante la preparación y presentación de este trabajo y agradecer a la doctora Nettie Lee Benson, directora de la Colección Latinoamericana, por haber sugerido la materia del trabajo, así como por haber brindado su asistencia en la localización de los materiales básicos y por la lectura crítica del manuscrito. Gracias también al doctor Lewis Hanke y a su eficiente secretaria, la señorita Helen Travis por su ayuda y estímulo; al doctor Jefferson Rea Spell y a su señora esposa quienes amablemente permitieron al autor, a su esposa y a su pequeño hijo vivir en su casa durante un verano en que se encontraban fuera; al

profesor Gordon Hyde, jefe del Departamento de la Lengua en el *Southern Missionary College* por la "obra de amor" que ha realizado al darle al trabajo la última revisión. Amy, la hija del autor, merece el más cumplido agradecimiento, por su ayuda en la tediosa tarea de mecanografiar en varias ocasiones los borradores.* A Catherine su esposa más que gracias por su decidido apoyo y sacrificio. El autor reconoce y aprecia la cortés ayuda brindada por el equipo de trabajo de la Colección de Periódicos de la Universidad de Texas; los miembros de su comité merecen las más expresivas gracias por leer la tesis, al fideicomiso de *Southern Fellowship* por los fondos que permitieron al autor dedicarse plenamente a la investigación durante el año escolar 1955-1956 y a la junta de *Southern Missionary College*, cuya política comprensiva le permitió llevar este trabajo a feliz término.

Clyde Gilbert Bushnell
Collegedale, Tennessee, 24 de febrero de 1958.

* Nota del traductor: Amy Turner Bushnell es la representante editorial del autor y quien convino con el gobierno del Estado de Guerrero los términos de la presente edición.

Nota del editor: La primera edición fue realizada por Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, S. A.